

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

# Mujer de Berros

Elba Hernández



Digitalizado por Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

## MUJER DE BERROS

(dedicado a la población de Berros, Durango)

Es medio día, un hombre, de estatura recia, extremadamente moreno, observa a los pocos compradores que a esa hora van al mercado y caminan bajo la resolana de las doce horas del día, uno que otro campesino sudoroso, descargando un costal con los productos de su cosecha, discuten los precios, es la escena cotidiana del mercado que el velador observa con indiferencia.

El hombre de tez morena, toma con movimientos lentos la carátula del viejo reloj de pulso, lo lleva en dirección a sus ojos, se toma su tiempo para leer la hora, -no tarda en pasar- musita .

El jefe de correos, que desde muy joven inició su trabajo en la oficina postal, hasta ocupar la jefatura, ahora, ya jubilado, acudía a la oficina solamente a saludar a los empleados, viejos compañeros de trabajo, después de lo cuál, se dirige a la saliente de cantera de la reja del mercado a platicar con el velador, su amigo desde muchos años atrás, y bajo la sombra del enorme sabino, veían caer día con día el atardecer después de mirar a la extraña mujer pasar calle abajo.

- No tarda en pasar . . . Fue la respuesta del viejo...

- Así era el saludo entre ellos.

-Si- reiteró una vez más el hombre moreno . . . No debe tardar.

Como si la hubiesen invocado, apareció "la forastera" como se le llamó desde que nadie supo de donde ni cuando llegó.

Una mañana, que no quedó marcada en la memoria de nadie, se le miró caminar por la calle, -extraña mujer- con pasos cortos y ligeros, cinco días de la semana atraviesa el pueblo por la calle principal, rumbo a la alfarería, -curiosamente, nadie sabe cómo se llama, nunca habla con alguna persona; describirla resulta difícil, ¿bonita?, ¿joven?, ¿fea? . . . ¡Quién sabe, su presencia es rara, extraña!.

Los habitantes del pueblo comentan que a su paso apacigua la violencia, otros, juran haber percibido exquisitas aromas de flores campestres a su paso, que hasta los perros bravos al mirarla se vuelven mansos.

Durante mucho tiempo el tema de la mujer misterio, fue el centro de la plática en los hogares, la tienda o la cantinas; Los alfareros, la ven llegar al taller donde entra, ante la curiosidad de todos, desde la primera vez, como si no tocase el

suelo al pasar el umbral, con sus pasos cortos y ligeros, a comprar un pequeño jarro de barro, rojo, húmedo, que toma de los anaqueles, con el cuidado y ternura con que se toma entre las manos un recién nacido, luego de acariciarlo unos segundos, tiende su mano con las monedas que cubren el importe de su compra, sonríe, da media vuelta y abandona el lugar con sus pasos apresurados y cortos.

Los habitantes del pueblo respetan su comportamiento, aceptan incluso su mirada dulce y la sonrisa de sus labios delgados como saludo, nadie intenta nunca hablar con ella, se hacen mil conjeturas respecto a dónde vive, más no pasa de ahí, solo especulan: Que si habita la cueva de la coyotera, que no, que en la casa abandonada al pie del cerro de las navajas, que ahí es el hogar de la mujer, realmente nadie estaba seguro ni de lo uno ni de lo otro, lo que sí juraron algunas gentes, es haberla visto por las noches trepar por la ladera del cerro, seguida por coyotes y pequeñas luces blancas, los que esto aseguran, coinciden en haber sentido, cómo una fuerza extraña les impidió acercarse al lugar en el que ella practica sus danzas y que, entre movimiento y movimiento, desaparece repentinamente entre la vegetación, dando la impresión de ser protegida por seres extraños.

Como suele suceder, la gente se acostumbró a la presencia de aquella mujer que con su llegada, causara tanta expectación.

Solo el viejo jubilado y el hombre de gran estatura y piel morena, fueron fieles observadores de la presencia de la dama de los pasos cortos, cada mañana esperaban el saludo de la mujer, y sin confesarlo uno al otro, ella navega sobre la almohada de los dos y se mete a su sueño secreto, que ambos guardan celosamente en lo más íntimo de sus noches.

El resto de los pobladores entró a una gran actividad en los campos de cultivo, a pesar que en el resto de la región, se vivía una de las peores sequías en la última década, ahí en Los Berros, el nivel de las norias subió en forma extraordinaria, tanto así, que extraer líquido de las mismas resultaba una tarea para niños y mujeres.

De la misma forma, comenzaron a surgir veneros a flor de tierra por todas partes, obligando a los habitantes a canalizarlos, formando acequias que corrían entre los patios o frente a muchas casas, por consecuencia la vegetación aumentó en jardines y huertas, haciendo feliz al pueblo con tanta prosperidad y belleza, llenando la vista y los bolsillos de los moradores de Berros.

En las huertas de frutas, lo mismo se produce durazno, naranjas, limones, peras y membrillos, éstos últimos haciendo famosa la región por la cajeta y un sinfín de conservas, las cosechas de todo lo que se cultiva, obligó a los agricultores a

ocupar mano de obra en las poblaciones vecinas -¡era extraño, mientras en la mayor parte del Estado, la sequía persistente ocupaba los encabezados de la prensa, en Los Berros, las corrientes de agua, manantiales y veneros se acrecentaron!-.

El caminar ligero de aquella mujer dejó de ser novedad, los mismos alfareros terminaron viéndola llegar al taller sin que les causara inquietud cuando al entrar, escoge la ollita, sin perder los movimientos de ternura, de tomarla entre sus manos, pagarla y abandonar el lugar en silencio, dejando a su paso un halo de aroma a mirtos, albahaca y flores de maguey.

Así transcurrieron los años, ella formó parte de lo cotidiano, no se veía ni más anciana ni más joven, simplemente pasó desapercibida su presencia por las calles del pueblo.

Esa mañana, el jefe de correos llegó primero que su amigo, llevaba mas de quince minutos sentado bajo la sombra del vetusto sabino que había crecido junto con la historia de Los Berros. Su amigo, de tez morena y manos recias, no llegaba, por unos minutos permaneció con el rostro bajo, mirando un desfile de hormigas coloradas caminar deprisa sobre los pasos de otras, formando un cordón al parecer infinito.

La sombra que sobre su persona proyectó el velador fue el anuncio de su llegada. Esperó el saludo de su amigo, levantó el rostro extrañado por no escuchar su voz, justo en ese momento las palabras que salieron de la boca del hombre moreno lo dejaron paralizado. . . -Hace tres semanas que no baja al pueblo- se escuchó la voz gruesa del velador .

El viejo jubilado, quedó sorprendido, algo se rompía dentro de su pecho, reaccionó -¡Dios mío!-, lamentó su descuido, ¡cómo pudo pasar esto, si esa había sido su vida desde que apareció, verla pasar, responder a lo que era un saludo, con una ligera inclinación de cabeza, le llenaba el día, y por la noche, lo hacía disfrutar en el sueño donde ella era la protagonista, -¿qué ha pasado con ella?-, se lamentó con voz grave.

El hombre de tez morena, no respondió, se quedo con los ojos fijos al final de la calle por donde ella aparecía, con la esperanza de verla caminar con sus pasos ligeros.

El saludo de una señora obesa que cada día pasa dos o tres veces cargando un farde de ropa, rompió el silencio ¡qué pasa!...¿por qué esas caras?

Tal parece que la forastera ha desaparecido, dijo con tristeza el antiguo jefe de correos.

La mujer estuvo de acuerdo, ella tampoco la había visto desde hace mucho tiempo...diciendo esto, se interno dentro del mercado

Apenas habían pasado unos minutos, apareció la mujer gorda seguida de varias personas, que hablaban entre si y comenzaron a rodear al velador y al viejo.

El velador escucho en silencio las diversas opiniones respecto a las supuestas viviendas donde algunos suponían que la mujer extraña, podía haber habitado, se puso de pie con un movimiento rápido, decidido, sugirió subir al cerro, donde se encontraban dos chozas que por muchos años nadie habitó y dándole a su voz un tono autoritario, propuso por donde comenzar a escalar la subida.

El jefe de correos, con grandes esfuerzos, exigió a sus viejas piernas la habilidad perdida, y se dispuso a iniciar la marcha ¡Subiría hasta el cerro si era necesario !

¡Adelante pues!, Sonó el vozarrón autoritario del hombre moreno, que de pie, proyectó la sombra de su humanidad sobre el grupo, el cual dispuesto a seguirle comenzaron a enfilarse rumbo al cerro de las navajas.

Un candente sol acompañó al grupo, los que caminaron rápido cubrieron los quinientos metros que los llevó a la choza; ahí, entre aroma de mirtos y flores de tuna, un enjambre de abejas y abejorros volaron sobre sus cabezas y comenzaron a desplazarse por el aire, en un alocado desorden.

El grupo avanzó hasta detener su marcha justo al frente de la puerta abierta de par en par, como una boca en el muro, hecho a base de piedra y lodo. Aumentó el número de los que iban llegando.

El techo de palma caía hasta media puerta, lo que dificultó la entrada del ex jefe de correos, que fue quién ingresó primero a la vivienda de piedra, haciendo grandes esfuerzos, superó el alto batiente, seguido por otras dos personas, entre los que se contaba el carnicero del mercado, por ser él quién prestara su hombro durante el trayecto, como apoyo al jefe de correos, que solo así le fue posible escalar la cuesta.

-Ahí, entre penumbras, apenas pudieron distinguir un montón de hojas a manera de lecho, olorosas a campo, dónde un cuerpo dibujado, denotaba que alguien durmió por un tiempo sobre aquella cama de plantas.

Un fogón apagado con carbones y ceniza se alcanzó a ver en otro rincón del pequeño cuarto, que no medía más de tres por cuatro metros, junto a éste, un tronco fijo en el piso, de cuyas ramas cortadas pendían de su asa no más de una docena de ollitas rojas, húmedas aún.

-¡No hay nadie!- subamos al cerro, ahí debe estar . . . Se escucharon voces al unísono.

Comenzó la marcha hacia la cuesta, por la cima, unos atrás de otros, como lo permitía la angosta vereda y lo silvestre de la vegetación.

El ex jefe de correos jubilado, sudando copiosamente, se apoyaba con fuerza al hombro del carnicero, que no lo abandonaba a su suerte, de vez en vez se escuchaba el resoplido del viejo, rompiendo la monotonía de los pasos del grupo, que cuidadosamente, sorteando piedras y troncos, estaban por llegar a la cúspide.

Fueron quince, incluyendo al velador, los que llegaron primero a la cima, los restantes, se fueron agregando poco a poco hasta formar un círculo.

El velador, extrajo un paliacate arrugado del bolsillo trasero del pantalón de mezclilla, limpió con lentitud el sudor que caía sobre su frente y cuello, como un pretexto para no hablar, el resto del grupo, igual que él, solo veían al centro del círculo que se había formado obligados por el espectáculo que se abría ante decena de ojos sorprendidos...

¡Ahí!, en medio de la cima, cientos y cientos de ollitas rojas, sepultadas hasta el borde, donde cristalinos hilillos de agua pura caían a la tierra, de los cuales muchos eran devorados por ésta, otros seguían cayendo, hasta formar corrientes, que a partir de la falda del cerro, se convertían en arroyos, o manantiales y veneros que a capricho invadían las tierras del pueblo desde hacía varios años.

Nadie se atrevió a hablar, el sonido armonioso de los chorrillos de agua al caer era lo único que se escuchaba... Hasta que la voz del hombre de gran estatura, que aún permanecía con su pañuelo sobre el cuello, como petrificado, se escuchó ¡Eso era!, ¡Dios mío! . . . Pronunció estas palabras con una emoción desconocida, para él mismo;

Por eso tanta agua . . . tanto manantial . . .!

¡Veneros y arroyos! . . .

¡ELLA VINO Y SEMBRÓ EL AGUA . . .!

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009